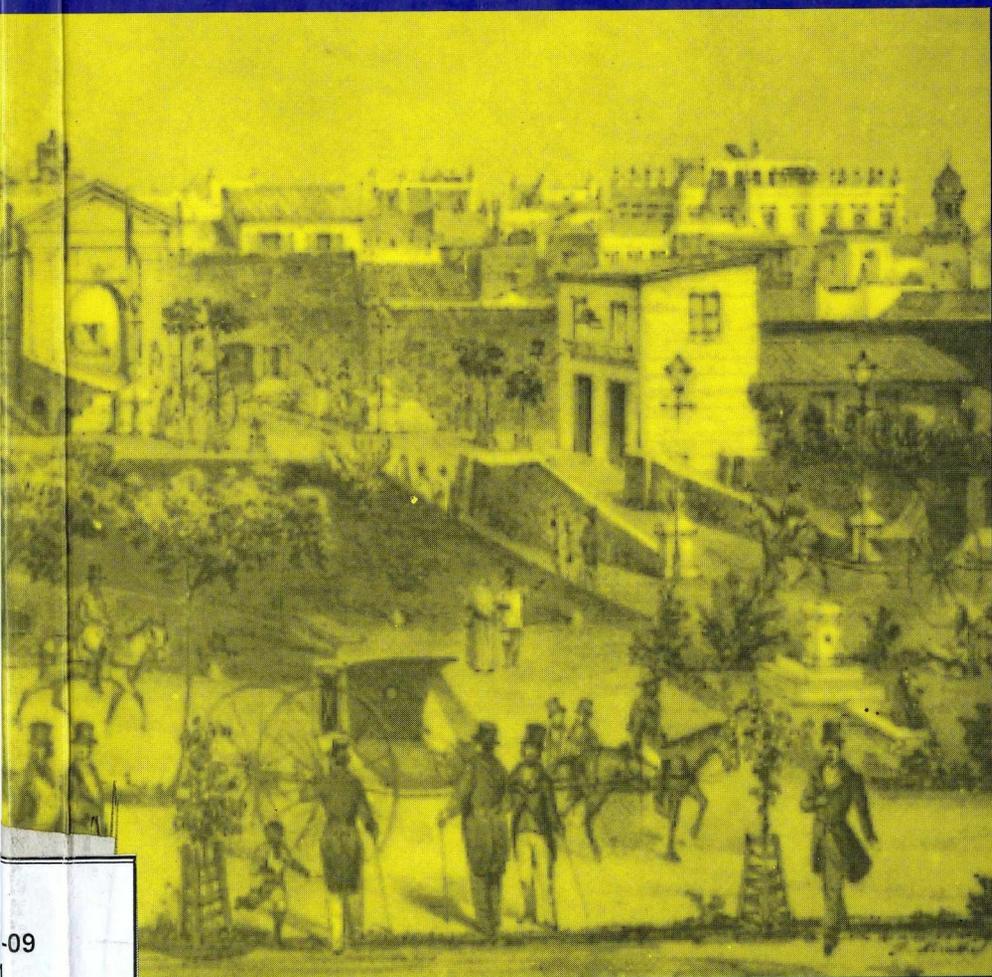


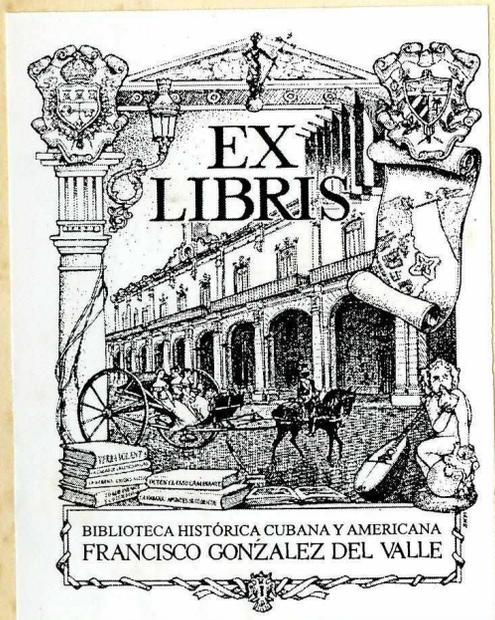
el pueblo cubano



-09

Fernando Ortiz

ip))
PATRIMONIO
DOCUMENTAL



EL PUEBLO CUBANO

Fernando Ortiz

EL PUEBLO
CUBANO

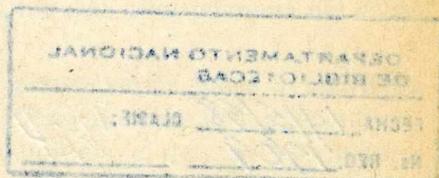


PATRIMONIO
DOCUMENTAL

ORGANISMO HISTÓRICO
DE CUBANA

EL PUEBLO CUBANO

Fernando Ortiz



Pensamiento Cubano



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1997



Edición crítica: Gladys Alonso González
Diseño: Armando Millares Blanco
Realización: Haydée Cáceres Martínez
Proceso del texto: Ana Rosa Hernández Arias
Composición: Viviana Fernández Rubinos
Corrección: Natacha Fajardo Álvarez

Via: D
RE: 14221
Localización: C 341-099:1

Todos los derechos reservados
© Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 1997

DEPARTAMENTO NACIONAL DE BIBLIOTECAS	
FECHA <u>24/5/98</u>	CLASIF: <u>972.91</u>
Nº. REG. <u>1909</u>	<u>ORT</u>

ISBN 959-06-0304-1

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestra ediciones.

Instituto Cubano del Libro,
Editorial de Ciencias Sociales,
Calle 14 no. 4104, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.



Al Lector

No podía concluir el siglo sin que viera la luz esta obra póstuma del sabio cubano don Fernando Ortiz.

Eterno e incansable investigador, realizó labores varias, todas en interés de la nación. Publicó y dio a conocer textos de gran valor para la cultura cubana, con el afán de ilustrar la antropología, la sociología, el derecho y la historia nacional. Fundó sociedades, escuelas, cátedras, museos, diarios y revistas, desde cuyas páginas alzó su voz para proclamar “la integración de blancos y negros en la constitución de la nacionalidad cubana”. Presidió importantes instituciones, dio muestras de ser un político visionario y fue el autor de textos de valor imperecedero, que descubren todo un ámbito social y cultural en sus contrastes y riquezas.

En su amplia y documentada bibliografía se destacan, entre otras obras de significación: *Los negros brujos. Hampa afrocubana* (1906), *Entre cubanos* (1913), *Un catauro de cubanismos* (1913), *Los negros esclavos* (1916), *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940), *Las cuatro culturas indias de Cuba* (1943), *El engaño de las razas* (1945), *La africanía de la música folklórica de Cuba* (1950), *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba* (1951), *Los instrumentos de la música afrocubana*, 5 volúmenes (1952-1955), *Historia de una pelea cubana contra los demonios* (1959).

Con la edición crítica de *El pueblo cubano* como primera publicación en forma de libro —tomado de la versión de *Albur* (año III, no. IX, La Habana, mayo de 1990)— nos propusimos dar cuerpo a una obra que desde sus fichas autorales motivaban el trabajo, cuyo resultado se hacía más que imprescindible, en el entendido de rescatar y divulgar las concepciones acerca de la

sociedad cubana que desde las dos primeras décadas de la actual centuria, ya don Fernando estructuraba en sus escalones iniciales.

Como es lógico, las notas manuscritas unas, mecanografiadas otras, incompletas esperaron un ulterior completamiento redaccional que el Autor no concluyó, y, celosamente guardadas, quedaron en los archivos del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, hasta nuestros días. Al no existir, por tanto, esa revisión autoral la cual propiciara una redacción definitiva, ajustamos el texto para su mayor fluidez en la lectura, cuidando con fidelidad, orden y estilo del Autor, señalando entre paréntesis algunas tachaduras más significativas realizadas por él. Entre paréntesis angulares, por ejemplo, hemos insertado datos que completan notas bibliográficas no concluidas, así como la incorporación de notas referativas, las cuales aparecen con el indicador (*N. del E.*). Debemos señalar que hay datos bibliográficos incompletos, pues no pudimos dar con ellos. Resultaba necesario, para redondear este empeño editorial, agrupar un aparato bibliográfico y, para ello, a partir de las obras citadas por Ortiz, tanto en forma directa como indirecta, lo confeccionamos para su consulta al final del libro.

Estos apuntes de orden técnico-editorial no pueden concluirse sin dejar público agradecimiento del apoyo especializado brindado por los siguientes compañeros: doctora Nuria Gregori Torada, directora del Instituto de Literatura y Lingüística; del licenciado Pedro Luis Suárez Sosa, director de la Biblioteca "Fernando Ortiz" de esa institución, y de la licenciada María del Rosario Díaz Rodríguez, especialista del Archivo Fernando Ortiz del Archivo Literario de dicha biblioteca, quienes hicieron posible el laboreo más que interesante de cotejar las fichas originales —a veces lupa en mano—, y entregarnos más de un consejo profesional indispensable.

Queda ahora al lector de este pueblo cubano, entrar en estas páginas sugestivas, sugerentes y sabias.

Gladys Alonso González

El pueblo cubano
y los orígenes del político Fernando Ortiz

“En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta sin vendas ni ambages (...) *Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías* (...) Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el *de nuestras repúblicas* (...)

*“Pensar es servir”.*¹

I

Fernando Ortiz Fernández nació el 16 de julio de 1881 en la calle habanera de San Rafael 148 esquina a Lucena, donde el abuelo materno tenía, en los bajos, una caballeriza y, en los altos, su residencia. Era el hijo único del matrimonio conformado por la cubana Josefa Fernández González del Real y el español Rosendo Ortiz Zorrilla, dueño de la ferretería en San Rafael y Belascoaín.

Como solución a conflictos conyugales, doña Josefa embarcó con su hijo en el vapor *San Vicente* con destino a Menorca (una de las Islas Baleares en el Mediterráneo) el 8 de septiembre de 1882. Se estableció en la casa de su hermano en La Ciudadela, lugar del puerto de Mahón. Allí, la organización

1 José Martí: “Nuestra América”, en *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, t. 6, pp. 17-18 y 22. (Los subrayados son míos, A. C.)

económico-social era todavía bastante medieval. Eclesiásticos, campesinos y pescadores constituían una parte significativa de los habitantes, quienes desarrollaban vínculos económico-mercantiles rudimentarios. Cada persona practicaba un oficio. Así, el niño Ortiz aprendió los de herrero y linotipista. No conocían la luz eléctrica y se alumbraban con lámparas de aceite de oliva.

El hermano de doña Josefa era considerado una figura preeminente en La Ciudadela, porque había llegado a ser alcalde y poseía mayores recursos económicos.

Doña Josefa fue la primera y más importante maestra de su hijo. Le enseñó a leer y escribir en español, pues en Mahón sólo se hablaba el menorquín. Ella tenía una pequeña biblioteca y lo aficionó a la lectura. Quería que fuera un excelente alumno, porque creía firmemente en la “profecía” que le había dicho el joven científico Carlos de la Torre, también pasajero en el vapor *San Vicente* en septiembre de 1882:

“No llore, señora. He oído una voz en mi conciencia que me dice que yo seré catedrático de la Universidad de la Habana y que este niño al correr de los años, junto conmigo será catedrático también.

(...)

”Pasaron años, y cuando el niño estudiaba con menos fervor que el debido, caso bien frecuente, la buena madrecita le decía: ‘Estudia, estudia, que tú tienes que ser catedrático porque me lo dijo un profeta’ ”.²

Doña Josefa lo ayudó a estudiar hasta el bachillerato y fue la artífice de que creciera con una conciencia de cubano, aunque viviera en Mahón.

En 1890, Ortiz comenzó en la escuela. Era el único niño que sabía español. Por lo mismo, en los actos por el cuarto centenario del “descubrimiento” de América celebrado en el colegio, le asignaron el papel de Cristóbal Colón en una dramatización.

Además de doña Josefa, en la formación de Ortiz fue muy relevante el maestro Juan Benejam, con quien cursó parte de la enseñanza primaria y descubrió las alegrías de la creatividad en el ejercicio docente:

“La escuela de Benejam era alegre como un pandero; allí no era pecado la risa.

”(...) excursiones al campo, donde, tendidos nosotros en el césped, y encaramado Benejam en un árbol, íbamos aprendiendo a ver de cerca la naturaleza y a sentir en nuestros cuerpecitos el abrazo de la Gran Madre y la savia de la nueva vida.

2 Fernando Ortiz: “El doctor de la Torre y la crisis cultural”, discurso en la Sociedad Económica de Amigos del País, 6 de febrero de 1923. En ese momento, el profesor Carlos de la Torre era el rector de la Universidad de La Habana.

La profecía se cumplió en 1908, cuando Ortiz ingresó al claustro de la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana; pero doña Josefa no lo supo, porque ya había muerto.

”(...) confieso que si algún pensamiento nuevo aletea en mi cerebro he de deberlo al influjo decisivo que en mi mentalidad infantil ejerció la enseñanza viva de mi maestro de instrucción primaria”.³

Ortiz conoció la luz eléctrica a los 13 años, al dejar Mahón; pero, en homenaje a los años felices de su infancia, regresó el 31 de diciembre de 1899 para esperar el nuevo siglo, junto a un grupo de amigos, en las ruinas de un castillo en las afueras de la ciudad. Los vecinos pensaban que en dicho castillo había fantasmas y que los jóvenes con su fiesta los habían vencido. Esa noche, hizo un discurso humorístico para celebrar la victoria sobre los fantasmas.

En 1895 obtuvo el título de bachiller en la Universidad de Barcelona. Vino a La Habana en cuya universidad matriculó la carrera de Derecho Penal. Sin lugar a dudas, la estancia en La Habana, entre 1895 y 1898, le permitió asistir a la epopeya de la Guerra de Independencia y a formarse mejor como cubano, a pesar de que su abuelo materno era un furibundo integrista.

En enero de 1899 terminó la dominación española y empezó la primera ocupación del ejército norteamericano. La familia lo envió a concluir los estudios a la Universidad de Barcelona. Después se trasladó a la Universidad Central de Madrid. En esta institución fue alumno del profesor Manuel Sales Ferré,⁴ quien le enseñó a conocer la riqueza multicultural de España, dando clase en los museos y lugares históricos en las cercanías de Madrid. Sales Ferré también le aportó la importancia del trabajo de campo en las instituciones penitenciarias y con los delincuentes.

En 1901 finalizó la carrera de Derecho Penal. Por falta de dinero no pudo pagar los gastos de expedición del título. Retornó a La Habana. Reexaminó todas las asignaturas y obtuvo el título de doctor en Derecho Civil en abril de 1903.

Por exigencias de su padre, quien lo instaba a encontrar un empleo, logró ingresar en el servicio consular cubano. Partió en mayo de 1903 y regresó en junio de 1906. Prestó servicios como canciller en los consulados de La Coruña, Marsella y Génova (ciudad donde residió más tiempo).

Entre 1901 y mayo de 1903, mientras reexaminaba asignaturas y preparaba la tesis para el doctorado en Derecho Civil, Ortiz sostuvo una gran amistad con el joven médico y narrador Miguel de Carrión (1875-1929). Ambos investigaban sobre temas de “escándalo” en la sociedad cubana. Carrión quería escribir un libro en torno a la prostitución y él, otro sobre los crímenes, cuyas causas estaban en las creencias religiosas y populares.

A modo de fraternal despedida, Carrión escribió la primera semblanza del hasta entonces joven científico desconocido Fernando Ortiz: “¿Quién es Ortiz

3 Fernando Ortiz: “La escuela y el hogar”, en *Cuba y América*, La Habana, 10 de noviembre de 1906.

4 Fernando Ortiz: “Sales y Ferré”, en *El Figaro*, La Habana, 22 de enero de 1911, p. 11.

Fernández? Yo lo definiría: ‘el único de nuestros hombres de ciencia dotado de facultad creadora.’

”(…) llano, despreocupado y enemigo de exhibir su personalidad, pero investigador de veras, amante de la verdad experimental, a la que consagra todos sus desvelos de positivista convencido, observador paciente, inteligencia recta y enérgica, no contaminada aún por el escepticismo que roe las tres cuartas partes de nuestra sociedad, y, como verdadero espíritu consagrado al supremo ideal del conocimiento, indiferente a los éxitos ruidosos que distraen el ánimo y roban el tiempo a labores fecundas y útiles. Las excursiones científicas de Ortiz al través del mundo criminal (...) están llenas de curiosos episodios y de anécdotas sabrosísimas que él refiere a los íntimos con sencillez encantadora. Sus fracasos, sus pasos en falso en el laberinto de la investigación le hacen reír de la mejor gana (...) ¿no es admirable ese abnegado optimismo del sabio que marcha a tientas, tomando al paso verdades y mentiras para agruparlas y luego clasificarlas en la soledad de su estudio? De cada una de las caídas Ortiz Fernández se ha levantado con nuevo entusiasmo; de los engaños y las burlas de los penados ha sacado la luz que brilla en sus trabajos, y el resto le ha servido para hacer unos cuantos chistes sin conceder la menor importancia a la magnitud de su labor.

”(…) Ningún trabajo más arduo que el de coleccionar los datos necesarios para este libro, durante el cual le hemos seguido paso a paso. El investigador tropezaba día tras día con la eterna dificultad que hace en nuestro país infructuoso el esfuerzo de los hombres de ciencia: nada existía hecho con anterioridad, era preciso crearlo todo, ordenar los pocos datos incompletos y aislados que llegaban a su noticia, y para colmo de males la fe del autor estrellábase contra la apatía del mundo científico local y de las esferas del gobierno, que se preocupaban poco con que un *desocupado* escribiese monografías de ñañigos, cosa bien trivial”.⁵

Cuando partió hacia Europa, en mayo de 1903, llevaba las fichas e ilustraciones para escribir *Los negros brujos*. La suerte de una estancia larga en Génova le facilitó los viajes a la Universidad de Turín. Allí visitó al profesor César Lombroso, fundador de la criminología como ciencia. También colaboró en su revista. Por otra parte, se familiarizó con las obras del profesor Enrico Ferri, impulsor de los métodos científicos positivistas en la sociología criminal.

En 1905, Ortiz concluyó el original de *Los negros brujos*. Se lo llevó a Lombroso, quien le escribió la carta laudatoria, la cual se publicó después como prólogo al editarse el libro en Madrid (1906).

5 Miguel de Carrión: “El doctor Ortiz y Fernández”, en *Azul y Rojo*, La Habana, 14 de junio de 1903, p. 2.

Cuando retornó a La Habana, halló trabajo como fiscal sustituto en la Audiencia de La Habana. Se unió al grupo de escritores que publicaban en *Cuba y América* y en *El Figaro*. En 1907 ingresó a la Sociedad Económica de Amigos del País, que presidía el padre de su novia Esther, Raimundo Cabrera.

El éxito internacional de *Los negros brujos* entre los adeptos a la criminología y la antropología, le allanó el camino para obtener una plaza en el claustro de la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana. Se desempeñó como profesor entre 1908 y 1916 e impartió las siguientes asignaturas: Derecho Político, Gobierno Municipal, Economía Política, Hacienda Pública, Derecho Administrativo e Historia de las Instituciones Sociales en Europa.

Para lograr el acceso al claustro universitario, antes tuvo que concluir una segunda carrera: la de doctor en Derecho Público. Preparó la tesis "Factores políticos del pueblo cubano", que entregó el 27 de mayo de 1907 y defendió ante el tribunal el 20 de abril de 1908. Esta monografía constituyó el punto de partida para un libro: *El pueblo cubano*.

En septiembre de 1906, a los tres meses de haber concluido los servicios como cónsul en Europa, Fernando Ortiz presenció los dramáticos acontecimientos que culminaron con la segunda ocupación del ejército norteamericano y el nombramiento de Charles Magoon, como gobernador provisional de la República de Cuba.

Las reacciones fueron muy disímiles en el ámbito de los intelectuales cubanos. Se polarizaron las opiniones. Enrique José Varona dejó en los artículos que recogió más tarde en *Mirando en torno*,⁶ los terribles presagios que lo atormentaban. Francisco Figueras, anexionista confeso desde 1898, publicó con rapidez *Cuba y su evolución colonial*,⁷ para reinsistir en un proyecto anexionista. José de Armas y Cárdenas (Justo de Lara) reunió en el folleto *Los dos protectorados*⁸ los artículos coetáneos a los de Varona.

De Armas y Cárdenas planteó la tesis de que "Hay que decir a los Estados Unidos: Queremos nuestra República, pero en lugar de ser responsable ante tu gobierno de sucesos imposibles de prevenir, queremos tu garantía y tu protección para esa misma República; queremos que la Enmienda Platt no sea, como hasta ahora, meramente un papel con bellas y discretas palabras, sino una protección efectiva para la paz, el buen gobierno y la libertad del pueblo

6 Enrique José Varona: *Mirando en torno. Artículos escritos en 1906*, Imprenta de Rambla y Bouza, La Habana, 1910.

7 Francisco Figueras: *Cuba libre. Independencia o anexión*, Nueva York, 1898; *La intervención y su política*, Imprenta del Avisador Comercial, La Habana, 1906; *Cuba y su evolución colonial*, Imprenta del Avisador Comercial, La Habana, 1907.

8 José de Armas y Cárdenas: *Los dos protectorados. Observaciones al pueblo de Cuba*, Imprenta de Rambla y Bouza, La Habana, 1906. La cita es del artículo "Cuba y los Estados Unidos", pp. 18-19.